

INTRODUCCION A VICO

GIAMBATTISTA VICO, *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza de las naciones*. Prólogo y traducción de José Carner. El Colegio de México. Vol. I-XVI-232; Vol. II, 224.

¿Han exagerado, patrióticamente, Gentile y Groce al insistir en la significación extraordinaria que en la historia de las ideas correspondería a Vico? Tengo a la mano tres historias de la filosofía, manuales estudiantiles, pero de ciertas pretensiones —uno alemán, otro inglés y el tercero español— y en ninguno aparece el nombre de Vico. Pues bien; este hecho, además de inadmisible, es muy significativo del sentido dominante en la enseñanza de la materia. Corre oculto, si es que corre, un esquema casi milenario de división jerárquica de la materia en el que lo gnoseológico y lo metafísico, en didascálica especificación, ocupan la cima y el monte todo, apenas si dejando las faldas para las cuestiones morales o políticas. Si ocurre un extravagante que centra todo su pensamiento filosófico en la historia, no hay lugar donde colocarlo, a menos de ser un recién llegado viciado por la moda. Superfetación de transmisiones que encubre la ausencia de lecturas directas.

Pero el caso es que Vico no sólo ha padecido omisión en los manuales; también pasó inadvertido, según parece, al pensamiento de su siglo. Por eso, sin duda, su editor (1844) Ferrari, después de afirmar de él que es *il più grande fenomeno nella storia del genio* añade que se trata de *el più singolare anacronismo nella storia delle idee*. Anacronismo porque se adelantó a su siglo. Aunque éste no le hizo mucho caso, no creo que en ese dieciocho, que cuenta con Turgot, Voltaire, Hume, Lessing y Herder, entre otros, Vico esté de non. El dieciocho, que también ha sufrido de los embates de los manuales como siglo de vulgarización, empieza filosóficamente con Vico, que define la filosofía como teología civil o meta-historia, y termina con Kant que, en mi opinión, acaba haciendo lo mismo y preparando la faena a Hegel. En ese siglo tenemos, con Hume, el primer filósofo que escribe una historia con propósito científico, que se da cuenta que ella presenta problemas tan difíciles como cualquier otra ciencia, tenemos la "Historia de las costumbres y espíritu de las naciones", de Voltaire, que marca época en la historiografía universal; tenemos a Turgot, no sólo descubridor de la idea de progreso, sino explicador tam-

bién de la marca de lo histórico, del pretérito de la humanidad. No hablemos de Herder, que tantas veces nos recuerda a Vico. Pero advirtamos, porque también se olvida, que la ciencia del mundo humano, la que después se llamará sociología, es la preocupación fundamental de Hume y su grupo de amigos.

Vico, con su anticartesianismo y baconismo señalados ¿desentona anacrónicamente en el dieciocho? Su "Ciencia Nueva" ¿no es, precisamente, la que busca ese siglo, como la de Galileo el diecisiete? El ensayo de Hume sobre el "Carácter de las naciones" ¿no es un estudio histórico-sociológico como el que emprendió primero Vico? ¿Que el idealismo viquiano se contrapone al empirismo de Hume? Con este criterio no se podría justificar ninguna historia de la filosofía. Si el empirismo es *más crónico* en el dieciocho, no por eso el idealismo, que aborda los mismos problemas, resulta anacrónico.

Nos cuenta Hume que Europa impidió que Descartes, la filosofía de Descartes, prosperara fuera de los ámbitos de su patria. La Bruyère, el de los "Caracteres", le había desplazado en el interés de los filósofos. Vico en su autobiografía, de un aliento histórico que no tiene la que se desprende del "Discurso del Método", nos cuenta cómo, habiendo introducido subrepticamente una sustancia espiritual. Descartes, *ambiziosísimo di gloria*, consiguió que su filosofía se metiera hasta en los claustros desbancando a Aristóteles como éste, en el siglo XI, había hecho con Platón. Vico exagera un poco, pero resulta divertida aquella presunción de Descartes cuando, después de afirmar valientemente que Aristóteles no había dado origen a ningún filósofo nuevo sino ahogado a todos los filósofos en ciernes, y recordar el mundo de penalidades que había costado deshacerse de él, nos avisa socarronamente que, si alguna vez los hombres se encapricharan con Descartes y lo colocaran en el lugar de Aristóteles, habría la misma dificultad para luchar contra él.

Porque Descartes está de moda entre los doctos de Nápoles, nos dice Vico de sí mismo que, además de extranjero en su patria, es desconocido por ella. Lo que constantemente hecha en cara a los cartesianos napolitanos, "cartesianos a la letra", es que, extremando el menosprecio señalado del maestro por las letras y por la historia, tratan de resolver todas las cuestiones con ideas claras y distintas, descuidando, por la evidencia, los tesoros escondidos en la certeza histórica y poética. Típicamente, Hobbes, empujado por el interés práctico, moral, se alejó en su juventud de los estudios filosóficos para entregarse al de los poetas e historiadores,

pero, cuando tuvo en sus manos el método galileano, volvió por los fueros soberanos de la filosofía, pues creyó, con ese método, haber sometido a orden político a las turbulentas pasiones sobre las que, según los humanistas, sólo la historia nos instruye. También Spinoza inicia su "Tratado Político" remitiéndonos al estudio geométrico de las pasiones, en el que cree haber superado a Descartes. El "Tratado de las Pasiones" de éste, según Vico, es de algún provecho para la fisiología pero de ninguno para la moral. Iniciado espléndidamente el dominio de la naturaleza por el diecisiete, el prestigio del método se volcará frenético sobre el aspecto humano del interés práctico exaltado por los humanistas y que, en sus dos vertientes, personifica imperialmente Bacon. Este no ceja de achacar a los filósofos su desconocimiento de la historia y a Aristóteles el estudio puramente retórico de las pasiones. El problema humano se resiste a la solución violenta, prematura, del racionalismo del diecisiete. Lo mismo Vico que los empiristas volverán de nuevo a la historia vengando así el fracaso de Hobbes. El método será distinto, pero idéntica la finalidad. Analíticamente buscarán el camino de la historia los empiristas todos, el método sintético será el grito de guerra de Vico.

El anticartesianismo de Vico es la reacción contra el dogmatismo racionalista que desconoce la naturaleza propia de la realidad humana, y que se arroga pretensiones de conocimiento absoluto que, en realidad corresponden al conocimiento histórico. El verdadero conocimiento es aquél en que la verdad se "verifica", se hace cuando la realidad se agota en este hacer. Por esto las matemáticas, que tienen carácter operatorio, conocen en verdad, pero una realidad que, en relación a la realidad concreta, la del mundo físico y la del mundo histórico, es abstracta, parcial y como de sombra. También hay conocimiento en los experimentos físicos, que se "hacen", y en la medida en que se hacen. Pero este hacer del físico no es nunca un "hacer naturaleza", que tanto sería como decir que el hombre tiene poder creador, sino un imitarla. Por lo tanto, mal nos puede instruir el conocimiento, tan precario, de la naturaleza, sobre ninguna verdad metafísica, y no digamos sobre la existencia de Dios. Sólo en la historia, en el mundo social, que es hechura del hombre, éste puede sentir la emoción divina del conocimiento creador. Y sólo la Historia, la nueva "ciencia nueva", puede ofrecernos una "demostración de hecho, una demostración histórica de la Providencia".

Aquí hay un cruce que conviene advertir. ¿Cómo es que, conociendo el hombre lo que él hace, conoce a Dios? "No puedo dejar de señalar que

Descartes emplea vocablos improprios cuando dice: 'yo pienso, luego soy'. Tendría que haber dicho: 'yo pienso, luego existo', y tomando esta palabra en el sentido que nos da su sabio origen, habría hecho un camino más breve, cuando de su existencia quiere llegar a la esencia, de esta manera: 'yo pienso, luego aquí estoy'. Este 'aquí' le habría despertado inmediatamente esta idea: entonces, hay una cosa que me sostiene, que es la sustancia; la sustancia lleva consigo la idea de sostener, no de ser sostenida; luego es en sí; es eterna y es infinita; de donde mi esencia es Dios, que sostiene mi pensamiento."

Es decir, "estoy aquí" y *Otro* piensa por mí. No cuando pretendo conocer el mundo físico sino cuando hago, o rehago, por el conocimiento, el mundo histórico. En la historia mi conocimiento es infinito, creador, como el de Dios, porque, si bien soy, sustancialmente, su instrumento, puedo adquirir conciencia de mi acción. (El "estoy aquí", el *Dasein*, para Heidegger, por el contrario, se definirá esencialmente como conocimiento finito. Y con este concepto finitista del *Dasein*, del hombre, Heidegger hará la hermenéutica de la metafísica de Kant, en la que la *Einbildungskraft* —la imaginación sensible— ocupa el lugar central de aduana receptora del conocimiento finito, contrapuesto al conocimiento infinito creador. Sin embargo, Kant habló de una historia *profética* —conocimiento anticipador— que puede ser profética, precisamente, porque el hombre es *su* autor.)

Al conocer *mi* acción la conozco, sustancialmente, como acción de *Otro*. El hombre hace historia con resultados que contradicen, casi siempre, las tendencias inmediatas de sus pasiones. Aunque es libre, nos dice Vico, no puede convertir sus vicios en virtudes. Es el *Otro* quién, a la larga realiza la faena. Ese *Otro*, en Kant y en Hegel, se llama Razón y espíritu Absoluto. Hay aquí una dialéctica; la que, de la puja egoísta de los árboles, apiñados en el bosque, por buscar cada uno, de por sí y para sí, el sol, hace que crezcan derechos y robustos. (Kant.) La de la casa que se levanta sostenida por la ley de la gravedad y, por lo mismo venciénola. (Hegel.) La de los tres vicios, "el orgullo feroz, la avaricia y la ambición, con los que las leyes humanas hacen la guerra, el comercio y la política, donde se forman el valor, la opulencia y la prudencia del político. Tres vicios capaces de destruir el género humano producen la felicidad pública". (Vico.) Dialéctica pasional que no ha sido todavía desentrañada lógicamente. Falta, nada menos, la experiencia filosófica de la revolución francesa.

Tres pensadores han alimentado el pensamiento de Vico. Platón, Tácito y Bacon, Platón le proporciona *l'uom sapiente d'idea* y Tácito *l'uom sapiente di pratica*. “E l'admirazione con tal aspetto di questi due grandi autori era nel Vico un abizzo di quel disegno, sul quale egpli lavorò una storia ideale eterna, sulla quale corresse la storia universale di tutti i tempi, conducendosi sopra cete eterne proprietà delle cose civili i surgimenti, stati, decadenze di tutte le nazione: onde se ne formasse il sapiente insieme e di sapienza riposta, qual è quel di Platone, è di sapienza volgare, qual e quello di Tácito.”

Esta autobiografía de Vico, que, escrita en tercera persona, está sembrada de anacronismos, chispea, sin embargo, con el relato “histórico” del desarrollo de su mente. Por fin, lo histórico, personal o social, una de las grandes obsesiones de los humanistas, después de perforar la roca cristalina con que lo aclaró, sofocándolo, el Racionalismo, estalla encendido y luminoso. Vico se escandaliza, al punto de considerarlo como un signo de la decadencia de su tiempo, que la guerra de sucesión de España, la más importante después de la segunda guerra púnica, que es la más importante del mundo, no haya merecido la consideración de ningún cronista docto. Esta guerra termina bastantes años antes que aparezca la primera versión de la *Ciencia Nueva*. ¿No habrán ayudado insistentemente a esta afloración de la conciencia histórica los relatos sobre América, que presentan el cuadro variado y rico de diversas civilizaciones del hombre, desde la más primitiva? El hecho es que, con la experiencia del movimiento de las sociedades humanas, le será muy fácil al admirador de Platón ver en la abigarrada variedad de las instituciones otras tantas imitaciones de una República ideal, ahora “historia ideal”. Estudiando a Platón “para comprender bien la moral”, en lo que no le había servido la metafísica de Aristóteles ni la “moral de solitarios” de epicúreos y estoicos: “*incomincio in lui, senza avvertirlo, a destarse il pensiero di meditare un dritto ideal eterno*.”

Tácito ha sido el historiador que ha trabajado en él. Como Tucídides en Hobbes y Tito Livio en Maquiavelo. Cada quien para cada cual. Pero lo importante, en los tiempos modernos, es la influencia decisiva del historiador en el filósofo. Tácito es el historiador que, en realidad, menos historia hace, pues la reduce en sus *Anales* a un chismorreo de gran envergadura, donde celebran su sábado las más truculentas pasiones. Pasiones nibelungas o merovingias, como dice Shotwell. También el primitivismo en que se complace en su *Germania* alimentará el concepto de

“naturaleza ferina” de Vico, su “naturaleza apasionada”, tan lejana y extraña a nosotros que el conocimiento histórico casi compromete, en ella, sus pretensiones de verdad. Por las pasiones, cuya desatención desvió a los humanistas de Aristóteles, entra por primera vez plenamente la historia en la filosofía, después de una pugna milenaria.

“Finalmente le llegó la noticia de Francisco Bacon, señor de Verulamio, hombre también de incomparable sapiencia vulgar y erudita; hombre universal en doctrina y en práctica. Y aprendió tanto en su libro *Augmentis Scientiarum* que, como Platón es el príncipe de la sabiduría griega y un Tácito no lo tienen los griegos, así un Bacon les falta a los latinos y a los griegos: porque un solo hombre vió todo lo que falta en el mundo de las letras que debe encontrarse y promover. Y así se propuso Vico tener a estos tres singulares autores siempre delante de los ojos al meditar y al escribir.”

El orden y conexión de las ideas es el orden y conexión de las cosas, decretó Spinoza; “El orden de las ideas *debe seguir* el orden de las cosas”, sentencia Vico. La admiración tantas veces confesada, por Bacon no se reduce a la sugestión descubridora del *Incremento de las ciencias*. Se ha insistido en la influencia que la *idea* platónica ha ejercido en la *hipótesis* galileana. En la *Sabiduría primitiva de los italianos* encontramos una interpretación de la idea platónica, como forma individual perfecta que, frente a la abstracción vacía del *género* aristotélico, es el instrumento adecuado para el conocimiento concreto, circunstancial, imprevisible de lo histórico. Así su “método sintético” va buscando inductivamente, socráticamente, la forma generadora, por imitación, de los hechos, como recordando *en ellos*, con platónica ensoñación, con fantasía creadora, la idea que los engendra en cada caso.

“El sabio prepara su mente... para sacar la imagen de las cosas nuevas, tales como son en sí mismas.” Esta imaginación creadora, poética, penetra así en la vida histórica del espíritu humano, pues “quien estudia la ciencia nueva se cuenta a sí mismo la historia ideal, alrededor de la cual giran, en el tiempo, las historias de todas las naciones, con su nacimiento, su progreso, su decadencia y su fin; en el sentido de que, *siendo el mundo social obra del hombre, y debiendo la manera en que se ha formado encontrarse, por consiguiente, en las modificaciones del alma humana*, quien medite esta ciencia crea para sí su objeto”. Pero no se trata de una adivinación soñadora del alma vuelta en sí, ni de una evidencia intelectual, sino de una imaginación poética, creadora, del alma vuelta a

las cosas, a las instituciones, fruto del “*sentido común* de la humanidad aplicado por los hombres a las *necesidades y utilidades humanas*”. He aquí un sentido común bien distinto de aquel que Descartes proclamaba como lo mejor repartido en el mundo y un platonismo plástico, intuitivo, florentino y napolitano, que explica la nostalgia de Vico por los filósofos italianos del “cinquecento” que “se daban tanto a la poesía, a la historia y a la elocuencia que parecía resucitada en Italia la Grecia del tiempo en que fué más docta y elocuente”.

Pero, a todo esto, y en el mejor de los casos, no he hecho más que colocar el toro en suerte.

E. IMAZ.

W I E S E

LUIS RECASÉNS SICHES, *Wiese*. México. Fondo de Cultura Económica, 1943, 199 pp. \$ 4.00. Dls. 0.85.

Comprendemos y compartimos, porque nos duele además en carne viva, la indignación que manifiesta el señor Recaséns Siches contra el nazismo, en el prólogo de su libro. Sin embargo, en un tiempo tan confusionario y revuelto como el nuestro, interesa más que nunca a todo hombre de ciencia deslindar claramente su campo de trabajo. La investigación científica se esfuerza en darnos cada vez con mayor aproximación una imagen del mundo real. Esa es su misión y nada más. No pueden interesar a la ciencia, en cuanto tal, las opiniones políticas o religiosas del sabio; la ciencia está más allá de la aguda problemática de la vida cotidiana, como ha dicho muy bien Hans Freyer. Ciertamente, como en Leopold von Wiese, el investigador convive en unión personal con un auténtico paladín del liberalismo, sin la frecuente discrepancia entre el sentir, la acción y el ideal, ello encuentra honda resonancia en nuestra alma y felicitamos al señor Recaséns por haber sabido elegir semejante modelo. Pero si, como en otros casos, en Heidegger, por ejemplo, la actitud política no coincide con la nuestra, ello no disminuye en lo más mínimo su interés y su valor como filósofo. La verdad es siempre verdad, venga de donde viniere.